

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 320 Mi Padre me da todo poder.

Comentario de Sarah:

En la Biblia, Mateo 28:18, Jesús pronuncia las palabras: "Todo poder me es dado", que pronunció poco después de su resurrección. Estas palabras las pronunciamos ahora nosotros. Así como Jesús es proclamado Hijo de Dios, nosotros también lo somos. No hay separación entre nosotros ni con nuestro hermano mayor Jesús. En la Clarificación de Términos, leemos: **“El nombre de Jesús es el nombre de uno que, siendo hombre, vio la faz de Cristo en todos sus hermanos y recordó a Dios.”** (Clarificación de Términos.5.2.1) Él recorrió este camino que nosotros recorreremos y llegó hasta su casa. Nuestra tarea es aprender a ignorar la voz del ego, para poder escuchar sólo la Voz de Dios (el Espíritu Santo). Ser libre del ego es, de hecho, la realidad de la mente del místico que, aunque todavía está en este sueño, está sin embargo en la verdadera percepción. Estar en la verdadera percepción es estar en el mundo real. Llegamos al mundo real cuando vemos el rostro de Cristo en todos nuestros hermanos, sin excepciones.

Todos somos iguales como Hijos de Dios, aunque Jesús explica que él está más avanzado en el tiempo. Esto tiene sentido ya que todavía creemos en el tiempo, pero en verdad, no hay tiempo. Sólo existe el ahora. El tiempo es de nuestra propia creación. Jesús, es un símbolo de la verdad dentro de nosotros, fuera del sueño, guiándonos, paso a paso por la escalera que parecimos haber descendido. **“No necesitas ayuda para entrar en el Cielo, pues jamás te ausentaste de él.”** (C.5.1.1) Sin embargo, creemos que hemos dejado el Cielo y, por tanto, necesitamos su ayuda para despertar a lo que realmente somos. Su ayuda viene de fuera del sistema de pensamiento del ego. Con el ego, estamos en un bucle interminable de nuestros propios pensamientos. Regina Dawn Akers describe este bucle así: lo que pensamos lo vemos y lo que vemos lo experimentamos y lo que experimentamos lo pensamos.

Nuestra verdadera realidad es ilimitada y eterna. Tenemos todas las características de Dios, pero sólo podemos saberlo a través de la experiencia. Cuando nos identificamos con el ego y pensamos que el cuerpo y la personalidad nos definen, estamos en los confines del tiempo y el espacio. **“Pero sí necesitas una ayuda que proceda de más allá de ti, pues te encuentras limitado por falsas creencias con respecto a tu Identidad, la cual sólo Dios estableció en la realidad.”** (C.5.1.2) Jesús es un símbolo familiar en la mente recta. Está deseoso de ayudarnos y siempre disponible para nosotros cuando nos dirigimos a él. Es un símbolo de consuelo y apoyo y de un amor que no es de este mundo. ¿Por qué no íbamos a estarle agradecidos? ¿Por qué no íbamos a acoger su presencia en nuestras vidas?

Sencillamente, no podemos limitar nuestra fuerza, nuestra paz, nuestra alegría, ni ningún otro de los atributos que nos son naturales porque nos han sido dados por Dios en nuestra creación, y hay que

hacer Su Voluntad. Una y otra vez se nos dice que somos ilimitados y que no hemos cambiado. De hecho, no podemos cambiarnos a nosotros mismos. Simplemente podemos perdernos, temporalmente, en esta ilusión y olvidar lo que somos. Creemos que hemos metido la pata, que experimentamos dolor, pérdida y pena, y que hemos sido abandonados por Dios. Nos sentimos indignos de Su Amor. Pero estos son solo pensamientos a los que damos poder y no son la verdad. Hemos llegado a creer en nuestros pensamientos tan a fondo que realmente pensamos que somos estos personajes en el sueño. Jesús nos recuerda que es nuestro sueño y que lo estamos soñando. No somos los personajes del sueño.

Tememos al amor porque el ego nos ha convencido de que hemos hecho algo terrible y ahora somos culpables y merecemos castigo. El ego ha construido el mito de que hemos matado a Dios para conseguir nuestra identidad separada, y ahora quiere retribución. El ego nos advierte que nos alejemos del amor de Dios o seremos aniquilados. Nada de esto es cierto. Sólo nos mantiene pequeños, limitados y confinados en nuestros pequeños reinos, circunscritos por nuestros cuerpos y nuestro mundo. Sin embargo, la verdad del Hijo es que **“lo que su santa voluntad dispone jamás puede ser negado porque su Padre refulge en su mente, y deposita ante ella toda la fuerza y amor de la tierra y del Cielo.”** (L.320.1.4) Lo que Él quiere debe hacerse. Se nos repite que nada de lo que hayamos hecho o podamos hacer cambiará la verdad sobre nosotros. Para despertar a la verdad de lo que somos como el Ser Crístico, debemos llevar nuestras falsas creencias y percepciones al santo altar interior.

Recuperamos nuestra inocencia y nuestra voluntad ilimitada cuando nuestras percepciones erróneas son puestas en el altar interior. **“Eso es lo único que el Espíritu Santo desea, pues dado que comparte el Amor del Padre por Su Hijo, intenta eliminar de la mente de éste toda traza de culpabilidad para que así pueda recordar a su Padre en paz.”** (T.13.I.1.2) (ACIM OE T.11.X.89) Nuestro camino a casa viene con la liberación de nuestras falsas creencias. Se trata de liberar nuestro sentido de especialismo, juicios y resentimientos que bloquean el amor de Dios de nuestra conciencia. Al renunciar a nuestros valores, creencias y conceptos, reconocemos que nunca nos han servido. Nuestro camino nunca nos ha hecho felices. La mente condicionada ha sido engañada. Hemos caído en el culto al ego y marchamos hacia la muerte.

Nuestra naturaleza es el amor, y por lo tanto, ser no amorosos nos trae dolor. Estamos llamados a admitir que estamos equivocados cuando pensamos que podemos ganar algo mediante el ataque, el juicio, la comparación y el intento de ganar a costa de alguien. El placer de menospreciar a alguien y vernos superiores siempre trae más dolor y más culpa. Hemos traicionado nuestra verdadera naturaleza amorosa y esto nos ha hecho daño. Pensamos que al ver la culpa en ellos, nos sentiremos más inocentes, pero nos equivocamos. Lo único que ocurre es que sentimos más dolor. Es necesario un alto nivel de auto-honestidad y responsabilidad personal. "¿Cómo intento salirme con la mía?" "¿Cómo intento protegerme y defenderme?" "¿Cómo hago lo posible por cuidar mis propios intereses?" "¿Por qué me impaciento y me indigno con los demás?" "¿Qué creo que puedo ganar con mis opiniones y mis juicios?" "¿Cómo trato de manipular a los demás para que hagan mi voluntad?" "¿Cómo trato de ganar a costa de ellos?".

He tenido personas que dicen que han perdonado totalmente a alguien en sus vidas, pero el estándar para el verdadero perdón es extremadamente alto. Jesús dice que si hemos perdonado totalmente a alguien, entonces veremos una visión de la belleza **“reflejada de una manera tan santa y tan bella que apenas podrías contener el impulso de arrodillarte a sus pies.”** (L.161.9.3)

Perdonar perfecta y totalmente a alguien significa que Jesús generalizaría esta experiencia a todo el mundo y conoceríamos a todos como el Cristo.

No importa el mal comportamiento de un hermano. Cuando hacemos un juicio sobre él, podemos estar seguros de que primero nos hemos juzgado a nosotros mismos por alguna versión de lo mismo. Son un espejo de nuestro propio auto-juicio interior reflejado en nosotros. Están ahí para ayudarnos a ver nuestra sombra. Es el auto-concepto que valoramos en nosotros mismos, pero todos los auto-conceptos son falsos, tanto si los vemos como positivos como negativos. Todo lo que describimos como nuestra personalidad no es la verdad. Cuando asumimos la responsabilidad de nuestros juicios y estamos preparados para ver nuestra versión de lo que juzgamos, puede comenzar la curación. En nuestra auto-aceptación, encontraremos la aceptación de los demás.

Cuando justificamos nuestros pensamientos y sentimientos con las historias que contamos, nos vemos como víctimas de lo que hacen los demás. **“En los sueños, causa y efecto se intercambian, pues en ellos el hacedor del sueño cree que lo que hizo le está sucediendo a él. No se da cuenta de que tomó una hebra de aquí, un retazo de allá y tejió un cuadro de la nada. Mas las partes no casan, y el todo no les aporta nada que haga que tengan sentido.”** (T.24.V.2.2-4) (ACIM OE T.24.VI.41) Al observar nuestros pensamientos y estar dispuestos a liberarlos al Espíritu Santo, vemos que nadie es responsable de cómo nos sentimos, excepto nosotros mismos. No hay nadie fuera de nosotros. Todos somos un solo Ser. Cuando soltamos las comparaciones que hacemos, los juicios, los sentimientos de celos y todos los pensamientos de ataque y entregamos verdaderamente nuestra voluntad, el amor llega a raudales. Debemos asumir la responsabilidad de todo. No somos víctimas de nadie ni de ninguna circunstancia. El perdón no consiste en perdonar nada real, sino sólo nuestra interpretación de un evento, persona o situación. La verdad es que todos somos inocentes. Compartimos la misma naturaleza que Jesús.

¿Por qué parece esto tan difícil? Tenemos que comprender hasta qué punto estamos comprometidos con nuestra individualidad. Este yo que hemos fabricado se ve muy amenazado por la verdad. Reconoce esto y sé amable contigo mismo, pero no retrases tu regreso a casa. La salvación no está en el futuro. Está disponible para nosotros ahora. En cada momento, podemos liberar lo que nos aleja del amor que somos. Elige el amor ahora.

Mientras racionalicemos nuestra ira o defendamos nuestras percepciones, no conoceremos nuestra naturaleza inmutable y nuestro poder ilimitado. Como deseamos tanto tener la razón en nuestra forma de ver las cosas, hemos aceptado renunciar a nuestra propia felicidad, ¡por muy loco que sea!

Hoy podríamos preguntarnos: "¿Qué limitaciones me estoy imponiendo a mí mismo?". Una limitación es una creencia en la realidad del cuerpo. Pensamos que somos un yo separado, que lucha por sobrevivir en el mundo y compite con todos los demás cuerpos. Nos sentimos vulnerables. Tememos la muerte. Podemos sentir ira, dolor, angustia, tristeza, decepción, anticipación, estrés, pena o incluso placer, todo ello procedente de nuestra identificación con el falso yo. Estos pensamientos y sentimientos son del impostor que ha entrado en nuestro prístino hogar. No son nuestros pensamientos. No nos pertenecen.

Traigamos hoy todos estos pensamientos al Espíritu Santo y estemos dispuestos a que Él los deshaga para que podamos conocer la verdad sobre el Ser. Lo que estamos llamados a hacer es traer estos pensamientos a la luz de la Verdad, que ya está en nosotros. A través de este proceso, reconocemos cada vez más que todo el poder de Dios nos es dado porque somos el Hijo de Dios. Esto no es una

declaración de arrogancia porque no es un poder que sea sólo nuestro. Sólo podemos conocer este poder cuando nos damos cuenta de que todos compartimos el mismo poder y el mismo Ser. Este Ser es invulnerable. Es eterno. No puede morir nunca.

Amor y bendiciones, Sarah

huemmert@shaw.ca